

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y....
¿Me da usted licencia para que....

D. CARLOS.

Sí, miente lo que quieras.... ¿A qué ha-
brá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON. *(Sale por la puerta del foro.)* CALAMOCHA.
DON CARLOS.

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

Cuánto me alegro de....

D. CARLOS.

¿Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad
es está?

SIMON.

¿Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¿Voto
á sanes!

D. CARLOS.

¿Y mi tío?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó....

SIMON.

¿Quién me había de decir á mí.... ¿Cosa
como ella! Tan ageno estaba yo ahora de.... Y
usted de cada vez mas guapo.... ¿Con que us-
ted irá á ver al tío, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¿Y qué calor traje, y qué polvo por ese ca-
mino! ¿Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de
hacienda en Ajalvir.... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña..... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues..... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va usted allá?

D. CARLOS.

¿Adónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar..... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA.

(Aparte, separándose de Simon. Maldito seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.)

D. CARLOS.

Pero aún no me has dicho si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni.....

SIMON.

Bien, á eso voy..... Sí señor, voy á decir á usted..... Con que..... Pues el amo me dijo.....

ESCENA XI.

DON DIEGO. DON CARLOS. SIMON. CALAMOCHA.

D. DIEGO.

(Desde adentro.) No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(Don Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.)

D. CARLOS.

¡Mi tío!.....

(Sale Don Diego del cuarto de Doña Irene encaminándose al suyo: repara en Don Carlos y se acerca á él. Simon le alumbraba, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)

D. DIEGO.

Simon.

SIMON.

Aquí estoy, señor.

D. CARLOS.

¡Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos..... Pero..... ¿Quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto.

D. DIEGO.

¿Cómo un amigo?.... ¿Qué?.... Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tío.

(En ademán de besarle la mano á Don Diego, que le aparta de sí con enojo.)

D. DIEGO.

Quítate de ahí.

D. CARLOS.

Señor.

D. DIEGO.

Quítate. No sé como no le..... ¿Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Si usted se altera y.....

D. DIEGO.

¿Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traído.

D. DIEGO.

¿Siempre dándome que sentir, siempre! Pero..... *(Acercándose á Don Carlos.)* ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos..... ¿Qué te sucede?.... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y.....

D. DIEGO.

A ti no te pregunto nada. ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?.... ¿Por qué te asusta el verme?.... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

D. CARLOS.

No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

¿Pues á qué viniste?.... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?....

Sácame de esta inquietud, Carlos. . . . Hijo mio, sácame de este afán.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que. . . .

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles. . . . Ven acá. (*Asiendo de una mano á Don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

D. CARLOS.

Una lijereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero. . . . Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas, señor.

D. DIEGO.

¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este paraje. . . . y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

¿No hay mas?

D. CARLOS.

No señor.

D. DIEGO.

Míralo bien.

D. CARLOS.

No señor. . . . A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí. . . . Si es imposible que estas escapadas se. . . . No señor. . . . ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas? Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar. . . . Vamos. . . . Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo

de paz: que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion. . . . Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene alli para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud. . . .

D. CARLOS.

Bien está, pero ya he dicho los motivos. . . .

D. DIEGO.

Todos esos motivos no valen nada. . . . ¡Porque le dió la gana de ver al tío! . . . Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere. . . . Pero *(Alza la voz, y se pasea inquieto.)* yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez. . . . Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, si. . . .

D. DIEGO.

No hay remedio. . . . Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aqui.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no estan ahora para correr. . . . Ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos *(A Calamocho.)* y con las maletas al meson de afuera. . . . Usted *(A Don Carlos.)* no ha de dormir aqui. . . . Vamos *(A Calamocho.)*, tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar. . . . Ayúdale tú. . . . *(A Simon.)* ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á Don Diego.)

D. DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces? . . . *(A Calamocho.)* ¿No he dicho que ha de ser al ins-

tante?... Volando. Y tú (*A Simon.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de Don Carlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO. DON CARLOS.

D. DIEGO.

Tome usted. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino.... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago.... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño.... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de Don Carlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan.... Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto, ni entres en la ciudad.... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.

Sí señor, haré lo que usted manda.

D. DIEGO.

Muy bien.... A Dios.... Todo te lo perdono.... Vete con Dios.... Y yo sabré también cuándo llegas á Zaragoza, no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

764 EL SÍ DE LAS NIÑAS.

D. DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.

Quede usted con Dios. *(Hace que se va y vuelve.)*

D. DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tío, eh?

D. CARLOS.

No me atreví. *(Besa la mano á Don Diego y se abrazan.)*

D. DIEGO.

Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

D. DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. CARLOS.

No señor, ahora no.

D. DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por lar-

ACTO II, ESCENA XII. 765

go..... Como cuentas con la bolsa del tío..... Pues bien, yo escribiré al señor Aznár para que te dé cien doblones de orden mia. Y mira cómo lo gastas..... ¿Juegas?

D. CARLOS.

No señor, en mi vida.

D. DIEGO.

Cuidado con eso..... Con que buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas..... ¿Vas contento?

D. CARLOS.

No señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.

No se hable ya de lo pasado..... A Dios.....

D. CARLOS.

¿Queda usted enojado conmigo?

D. DIEGO.

No, no por cierto..... Me disgusté bastante, pero ya se acabó..... No me des que sentir. *(Poniéndole ambas manos sobre los hombros.)* Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.

No lo dude usted.

D. DIEGO.

Como oficial de honor.

D. CARLOS.

Así lo prometo.

D. DIEGO.

A Dios, Carlos. *(Abrazándose.)*

D. CARLOS.

*(Aparte, al irse por la puerta del foro. ¡Y la de-
jo!.... ¡Y la pierdo para siempre!)*

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto..... Luego lo sabrá, enhorabuena..... Pero no es lo mismo escribirselo, que..... Despues de hecho, no importa nada..... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!.... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

(Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya..... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo, amor..... ¿Y yo qué no hiciera por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando llegemos á Madrid, en-